

EDITORIAL

Migración, convivencia y justicia

La migración representa uno de los temas más delicados y conflictivos del momento presente. Ante el dolor y la violencia que se genera alrededor del fenómeno, el papa Francisco ha invitado sistemáticamente a cambiar la mirada en todo el mundo. Dedicó el mensaje de la Jornada Mundial de la Paz de enero de 2018 a reflexionar sobre el tema.

Las actitudes más comunes hacia la migración son el rechazo y el desprecio. El Papa describió estas actitudes en su mensaje de enero de 2018 con palabras preocupantes que invitan a una auténtica revisión de vida, tanto en lo personal como en lo social:

En muchos países de destino se ha difundido ampliamente una retórica que enfatiza los riesgos para la seguridad nacional o el coste de la acogida de los que llegan, despreciando así la dignidad humana que se les ha de reconocer a todos, en cuanto que son hijos e hijas de Dios. Los que fomentan el miedo hacia los migrantes, en ocasiones con fines políticos, en lugar de construir la paz siembran violencia, discriminación racial y xenofobia, que son fuente de gran preocupación para todos aquellos que se toman en serio la protección de cada ser humano.

Para superar esta manera defensiva y propiciadora de violencia con que se pretende abordar el fenómeno migratorio, el Papa propone lo que llama «cuatro piedras angulares de acción». La primera es acoger, que consiste principalmente en equilibrar la preocupación por la seguridad nacional con el respeto de los derechos fundamentales. Aquí debe cultivarse la virtud de la hospitalidad, que es tan antigua como la humanidad misma. La segunda es proteger, que implica dos acciones: el reconocimiento de las personas y garantizar su integridad física, evitando la comisión de abusos. La tercera es promover, que consiste en favorecer el desarrollo integral de los inmigrantes. En el caso de los niños, promover implica sobre todo garantizar su educación, que ha de incluir la capacitación para encontrarse interculturalmente con el otro. Por último, en cuarto lugar, integrar, que consiste en entablar dinámicas de enriquecimiento mutuo y de colaboración fecunda.

De acuerdo con Francisco, la respuesta adecuada al fenómeno migratorio no se limita a la dimensión interpersonal; tampoco a la solidaridad local. El mensaje de la Jornada de la Paz de 2018 puntualiza que debe hacerse una propuesta orientada a fomentar el diálogo y la coordinación en la comunidad internacional. Esto se podría lograr a través de dos pactos. Uno para garantizar una migración segura y regulada; otro, para los refugiados. Estos pactos servirían como marcos de referencia para futuros acuerdos y para el desarrollo de políticas públicas.

Este número de *Estudios Sociales* cuenta con cinco artículos que nos ayudan a reflexionar sobre el tema migratorio en relación con las transformaciones sociales dominicanas. El primero, de Rosario Espinal, examina el perfil de la población dominicana que expresó intención de migrar en la encuesta Barómetro de las Américas del año 2012. En línea con las teorías migratorias más recientes, Espinal nos acerca al fenómeno de manera multifactorial estudiando variables con poder predictiva. Aunque los sectores populares sean los más propensos a migrar, el deseo de salir del país puede afectar potencialmente a todos los sectores, sobre todo a los hombres.

El artículo de Cristian Martínez acerca nuestra mirada a la realidad de mujeres que viven en bateyes dominicanos, mujeres que son predominantemente haitianas o dominicanas de ascendencia haitiana. Este estudio nos muestra cómo esas mujeres deben de enfrentar una serie de discriminaciones que giran en torno a lo racial y que traen como consecuencia la exclusión de los servicios de salud. El hecho puede tenerse como una de las manifestaciones de violencia estructural, en los términos planteados por Johan Galtung. Esta violencia toca la subjetividad de esas mujeres, que en ocasiones introyectan dinamismos de desprecio contra ellas mismas. Explica además cómo la respuesta de ONGs ayudan parcialmente a superar esta difícil situación.

Ruth Nina-Estrella nos familiariza con la manera en que la comunidad dominicana es recibida en Puerto Rico. Nos ayudará a ver cómo los dominicanos padecen las mismas discriminaciones de otras poblaciones migrantes dispersas por el mundo. Quizá este estudio ayude a sensibilizar cómo lo que podemos pedir para nuestros compatriotas en otras tierras debemos practicarlo con los inmigrantes en la nuestra. Todo apunta a reforzar escenarios interculturales de convivencia.

Rosalina Alcalde-Campos y Ramona Hernández nos presentan los resultados de una investigación cualitativa de catorce familias migrantes dominicanas en Nueva York y Barcelona. Analizan el protagonismo de las madres, quienes aparecen como creadoras del vínculo de unión fami-

liar. El estudio nos enseña cómo la agencia de la madre migrante dominicana hace emerger novedosos espacios transnacionales de encuentro e implicación parental.

Por último, el artículo de Kiran Jayaram visibiliza a uno de los nuevos sujetos migrantes haitianos, a saber, el de los jóvenes universitarios. A pesar de que la migración haitiana se viene transformando desde hace más de dos décadas, el imaginario dominicano sigue pensando en esta migración como si fuera exclusivamente rural y proletaria. El estudio de Jayaram describe cómo los estudiantes universitarios haitianos se adaptan al contexto dominicano contemporáneo en todos sus aspectos: social, político y económico. El estudio muestra también cómo, en principio, los estudiantes universitarios haitianos tienen en su horizonte desarrollar su vida profesional regresando a su país.

Con este número 156, seguimos celebrando el 50 aniversario de nuestra revista. Seguimos comprometidos con la generación de un pensamiento social que ayude a cultivar relaciones más justas y solidarias en suelo dominicano como parte de la dinámica regional caribeña.